

## EL NUEVO PUESTO

LAO SHE

EL HERMANO You iba a ocupar su nuevo puesto. Cuando estuvo cerca del lugar, retardó el paso. No era muy grande. Ya lo conocía, igual que conocía por dentro casi todos los edificios públicos, casas de juego y fumaderos de opio de la ciudad. Recordaba que en éste, a través de la puerta abierta, se veía el Monte de los Mil Budas. Por supuesto, en ese momento no estaba de humor para el Monte. El cargo era de mucha responsabilidad. Pero no demostraba la menor inquietud; ya tenía años de recorrer mundo y sabía disimular; caminó aún más despacio.

Gordo y cuarentón, de cejas pobladas y tez pálida, llevaba vestido de lana gris, largo, forrado, de manga amplia y zapatos de satín negro. Siguió adelante serenamente sin mirar el Monte de los Mil Budas y pensando que tal vez debería haber llegado en coche. ¿Para qué?, si sus subordinados eran todos gente suya. Todos se conocían de sobra, no había por qué darse aires. Además, la responsabilidad del cargo no era ligera, para qué pavonearse. No tenía nada que temer: zapatos de satín negro, vestido gris, justo lo que requería el puesto. Caminaba lentamente, con toda serenidad. Tampoco había necesidad de uniforme militar, en la cintura escondía una *matona*. Sonrió para sí mismo.

La pequeña oficina de sólo dos piezas no tenía letrero y así como el hermano You ocultaba una pistola, ella ocultaba unos pistoleros.

La puerta estaba abierta y cuatro sujetos sentados en sus bancos fumaban con la cabeza inclinada; no había quien se fijara en el Monte de los Mil Budas. Sobre una mesa junto a la pared había varias tazas de té y en el suelo se veía una nueva tetera galvanizada rodeada de colillas, alguna de las cuales todavía humeaba. Al verlos ponerse de pie, el hermano You volvió a pensar que debería haber lle-

en el monte, donde se hacían las cosas de cualquier manera. Se tartaba de asuntos oficiales. Había que pensar a quién asignar las compras, a quién la entrega de mensajes. Todo se tenía que repartir seriamente. Sin embargo no era cosa fácil. Al de las compras le tocaba su parte, mientras que al de los mensajes no le tocaba nada. ¿A quién le vendría bien correr de balde?

—Ah, no fue nada, Zhao.

Aplazaría la compra del pincel. Lo tenía que pensar.

El hermano You se sintió incómodo. Jamás pensó que fuera tan molesto ser inspector. A fin de cuentas la vida oficial no era tan sabrosa, aunque tampoco del todo amarga si le quedaban los ochenta de los gastos. Pero no podía quedarse con todo. Sin excepción todos habían vivido en el monte y si se mostraba demasiado avaro todavía le podían soltar unas balas, y eso no sería broma.

No era juego fácil. ¿Qué clase de funcionario se había asistir por bandidos? Pero no traerse a los bandidos tampoco hubiera resultado. Él solo, ¿cómo iba a pescar hampones? ¡Cómo agarrar un pedo! El hermano You acarició el arma que traía en la cintura.

—¿Hermanos, todos traen la *matona*? —todos asintieron con la cabeza.

¡Desgraciados, serán mudos!, pensó el hermano You. ¿Qué traen; miedo o falta de respeto? Mover la cabeza no es trato de amigos, ¡si algo tienen qué decir, que lo digan! ¡Mira al viejo Liu, con cara de solemne! El hermano You volvió a reír. Tal vez faltaba darse más aire de funcionario pero con estos sujetos no podía exagerar. ¿Les hará feliz una andanada de maldiciones? Pero no se atrevía, él no era un auténtico bandido. Sabía que tenía los pies en dos barcos diferentes. Se odiaba a sí mismo por no ser bandido auténtico, y al mismo tiempo se sentía un hombre superior. ¿Si no lo fuera, podría ser funcionario? Encendió un cigarro y se puso a pensar. Debería darles de comer a todos estos tipos. Podía no perder el control de los gastos, pero tendría que gastar algo para alimentos.

—¡Vámonos, hermanos, al restaurante Wu-fu! —el hermano You fue a ponerse el vestido gris.

La cara de Zhao se partió en arrugas como una calabaza reventada. Y las mejillas de Liu, petrificadas y cincuentanas, se abrieron en una sonrisa de dos grietas. Wang y Chu también parecían animarse. A todos les volvía a correr la saliva por la garganta.

El que no encontraba qué decir se relamía los labios. Cuando llegaron al restaurante Wu-fu todos eran amigos del alma, sin formalidades de ninguna clase. Uno quería jamón en gelatina, otro quería plato mixto y Liu pensó pedir un pollo guisado, o quizás hasta dos.

Cuando estuvieron ya medio satisfechos volvieron sobre su asunto. Por supuesto Liu, siendo el más viejo, tomó la palabra primero. Su cara pétrea lucía un rubor encendido, tomó otro trago de aguardiente, pellizcó otro bocado de jamón con los palillos y chupó el cigarro:

—¡Inspector —echó una mirada alrededor de la mesa—, traficantes de opio y de mujeres, cualquiera de nosotros los agarra. ¿Pero bandidos? ¡Hay que tener cuidado! ¿Qué hacer? ¿Traicionaremos por tan poco dinero?

—¡Hermano Liu, así no se habla! —el licor dio valor al hermano You—. El comisario Li nos designó para pescar bandidos. Son demasiados; si no pescamos a algunos rápidamente, el comisario Li no estará seguro en su puesto, y si él desaparece, ¿quedaremos nosotros?

—Supongamos que arrestemos algunos —un aliento alcohólico acompañaba el humo que exhalaba Zhao—, y liquidamos a otros. Nosotros tenemos armas, pero ellos también. Y lo que es más, ¿siempre comeremos en esta mesa? No es por miedo que lo digo.

—El que tenga miedo es un hijoeputa —afirmó rápidamente Chu.

—¡Hijoeputa, comemierda! —agregó Zhao—, no es por miedo ni por falta de ganas de ayudar al comisario Li. La lealtad es ante todo. Hermano You, nos has ayudado por todos lados y tienes más experiencia que nosotros, pero nunca has estado en el monte.

—¿Pero acaso creen que no entiendo la ley del monte? —el hermano You rio fríamente, la mirada perdida en el espacio.

—¿Quién dijo eso? —repuso Calabaza Wang con una pausa tras cada palabra.

—La cosa es así hermanos —el hermano You decidió calentarlos un poco—, si son mis amigos, bien, y si no... —volvió la sonrisa al vacío—, también.

—Inspector —de nuevo Liu, los ojos de pequeñas pupilas penetrantes—, si de veras quieres que se haga, se hará. Como quiera que sea, nosotros somos los subordinados, el jefe eres tú, y en ti recaerán las consecuencias. Le hablo claro al amigo, para que me entienda. Quieres que agarremos gente; es cosa fácil, no es ningún problema.

Las babosas de mar que había comido el hermano You se le congelaron en el estómago. Lo que temía era justamente esto. Su gente haría el trabajo y él reportaría los éxitos. Nada más que, a la hora de los balazos, él estaría encabezando la lista.

Pero no podía espantarse de antemano, habría que darle tiempo al tiempo. Los balazos no eran muy cómodos, pero la recompensa de reportar los éxitos era atrayente. El hermano You había rodado por el mundo algunos años, sabía que el que pega primero pega dos veces. Si quería lograr algo tenía que ser en serio. A los cuarenta, si no era para él, siquiera que dejara algo a su hijo. Todos, como Liu, toda la vida de hampones cuidándose la cabeza pero con el culo al aire, y al final de cuentas ni siquiera tenían dónde caerse muertos. El hermano You era más zorro, sabía analizar las cosas, no iba simplemente a seguir las palabras de Liu. Decidió lanzarse. Tenía que apoyar al comisario Li. Si arreglaba unos cuantos casos, no era imposible que lo transfirieran a la jefatura. Andaría por todas partes en automóvil. El hermano You no podía llegar caminando a ocupar sus nuevos cargos toda la vida.

La sopa hizo que los estómagos y los humores se ensancharan y se alegraran. Fue la sopa de tres hadas la que

puso a todos a sus anchas. Aunque el hermano You todavía estaba decidido, su tono era más suave:

—Muchachos, me tienen que apoyar; busquen a uno que no tenga relaciones y échenle guante, merecerá su mala suerte, y nosotros tenemos que demostrar algo. Ustedes dirán, todos estamos armados, qué impresión haremos si no traemos más que unos cuantos alcahuetes. ¡Buena! así lo haremos, primero buscar unos de poca monta que no armen bulla, después volveremos a hablar. Una vez terminado el asunto regresaremos aquí, el jamón en gelatina no estuvo mal, ¿verdad?

—Ya llegó el otoño, la próxima vez hay que comer jamón al horno —Wang Xiao-si hablaba poco, pero cuando decía algo daba en el clavo.

El hermano You decidió guardar a Wang en la oficina para ayudarlo a despachar y mandó a los demás a la calle a iniciar la búsqueda. No había por qué hacer la lista. Cuando regresaran de sus investigaciones habría tiempo para el informe. Efectivamente tenía que salir a comprar la pluma, el tintero y la palangana. Él mismo lo haría para evitar el favoritismo. Necesitaba un secretario pero se le había olvidado pedirselo al comisario Li. Por lo pronto él mismo escribiría sus cosas, y cuando hubieran arreglado el primer caso, pediría con calma el secretario; el hermano You tenía los pies en la tierra. Decían que el hijo de Er-die sabía escribir, le daría un empujón. Lo haría su secretario. Pues bien, por ser el primer día en el nuevo puesto, los resultados no eran despreciables. Charlando por el camino con Wang Xiao-si acabó por no comprar ni la pluma ni el tintero.

La oficina, en realidad, no parecía tal. Pero, ¡daba lo mismo!, eso de impresionar con la rapidez de su caligrafía no era más que una pose, a la hora de la verdad, le faltaban caracteres. Escogía uno para escribir y se le esfumaba en el acto. Mejor que no tuviera pluma ni tintero. ¿Pero, cómo pasar el rato? Era imprescindible el periódico, aunque sólo fuera para ver los anuncios ilustrados. No podía estar siempre charlando con Wang Xiao-si. Aunque

eran viejos amigos, ahora eran jefe y subordinado, y había que guardar las distancias. Ya se había parado un rato en la puerta y no podía tomar más té. Había hojeado el calendario dos veces y ya no encontraba qué hacer. Hacía cálculos mentales de la economía familiar; todavía había esperanza. Sueldo, ciento veinte, gastos de la oficina ochenta; aunque no le cayera todo, contaría por lo menos con ciento cincuenta al mes. Poco a poco, debería ir comprando una casita.

¡Carajo! En una sola campaña con Zhang Zong-zhang le cayeron cien mil a Perro Shang Er. ¡Nunca hubo cosa semejante! ¡Jamás! Precisamente éstos eran los bandidos de quienes debía ocuparse. No todos cuidarían su capital tan bien como Perro Shang Er: ¿Quién no se alocaba con dinero en la mano? Él mismo, ¿no se había embolsado veinte o treinta mil en la comisión fiscal?, ¿y dónde estaban? Con razón los bandidos acostumbraban comer, beber y darse vuelo, ¿volver a comer pan de centeno a diario? ¡Era inaguantable, eso no lo aguantaba nadie!

La verdad era que todos, incluyendo al mismo hermano You, esperaban la vuelta del general Zhang. ¡Claro que sí, carajo! Ding San-Li, solo, guardaba dos arcones llenos de billetes militares. Si Zhang volvía, no tenía más que abrir los arcones y sería rico. No podía seguir hablando de arrestar bandidos, todos eran viejos amigos. Pero con sueldo de ciento veinte y gastos de ochenta, ¿qué le quedaba? ¡Tenía que agarrarlos! Si le costara la cabeza, la costra sería un poco grande y nada más. ¡No podía preocuparse de tanto! ¡Cada quien a lo suyo, quién le impedía al general Zhang regresar de una vez! Agarrar o liquidar algunos. El hermano You no había ido a la sierra, no estaba tan ligado a ellos.

Eran las cuatro pasadas y Liu y su gente no habían vuelto. ¿De veras habrían ido a revolver alguna guarida o nada más se estaban haciendo los tontos? Tenía que establecer un horario de oficina: a las 4:30, todos de regreso a rendir informes. ¿Qué clase de oficina sería si jamás regresaran? Sin ellos no funcionaba, y con ellos era una lata, ¡des-

graciados! No los esperaba más que hasta las cinco. Entraría a las ocho y cerraría a las cinco, su gente podría salir a su antojo, ya que no sería raro que se hiciera un arresto a altas horas de la noche. Pero el jefe, no podía estar siempre pendiente de sus subordinados. Debería decirlo, pero no era fácil. Aunque, ¿qué tenía de difícil, no era él el jefe? En el acto informó a Wang Xiao-si, quien emitió un gruñido. ¿Qué habría querido decir?

—Las cinco, ya —el hermano You echó un vistazo al Monte de los Mil Budas, los rayos del sol en la cima parecían hebras de oro, y bajo ellos el pasto otoñal conservaba aún ciertos tonos de verde.

—Wang, ahí te encargo, nos vemos mañana a las ocho —la boca de calabaza de Wang Xiao-si estaba firmemente cerrada.

La mañana siguiente, el hermano You llegó adrede con media hora de retraso. Tenía que administrarse. ¿Qué tal si llegaba y sus subordinados no estaban? Sería de lo más incómodo. Todos estaban allí, sentados en el banco con la cabeza inclinada, fumando. El hermano You sentía ganas de sacudirlos a golpes, montón de pendejos. Entró y se pusieron de pie como el día anterior pero lentamente como si todos padecieran pie de atleta. El hermano You les sonrió, cuando lo que quería era ponerles una maltratada de sargento de caballería; pero eso hubiera sido bastante desagradable. Tenía que ser generoso, comprensivo. ¿Quién le mandaba ser jefe? Tendría que disimular. Se rio despreocupadamente.

—¿Eh, Liu, hubo qué hacer?

¡Qué natural, qué afable, qué tino!; por dentro, el hermano You admiraba sus propias palabras.

—Sí hubo —Liu le clavó la mirada desde una cara de palo—, pero no lo hicimos.

—¿Cómo que no lo hicieron? —preguntó el hermano You sonriente.

—No hubo necesidad, espérate un rato y solos vendrán. Ah —el hermano You decidió reír de nuevo, pero no le salió.

—Y ustedes —a Zhao y Chu, quienes menearon la cabeza.

—¿Volvemos a salir hoy? —preguntó Liu.

—Ah, espérense, déjenme pensar —entró en su despacho y se volvió a echarles una mirada. Otra vez estaban sentados, mirando el humo de sus cigarrillos, sin chistar, ¡montón de pendejos!

El hermano You se sentó inquieto en su despacho. “¿Sólos vendrán?” No podía interrogar minuciosamente a Liu y a los demás. No podía permitir que lo menospreciaran. ¿Qué quería decir “solos vendrán”? No podía estudiar lo que había hecho Liu. No tenía más que esperar. ¿Debería aún mandarlos a la calle? Eso lo tenía que decidir rápidamente.

—Eh, Chu, manos a la obra. ¿Oíste? —esperó la carcajada general. Si se reían quería decir que les caía bien su sentido de humor despreocupado. No se rieron.

—Liu, tú espérate, después sales. ¿Conque me vienen a buscar?, pues, tú y yo les haremos compañía, todos son viejos amigos.

Ya no siguió dando órdenes, aunque Wang y Chu todavía no salían. Cuantos más tenía alrededor, más seguro se sentía, pero si ellos querían salir, no los podía detener. Si quería andar en estas cosas tenía que jugar con tino. Esperaría que le preguntaran y entonces hablaría. Wang y Chu callaron, tanto mejor. Estaba por preguntar: “¿Cuántos vendrán?”, pero se lo tragó. A fin de cuentas el hermano You tenía tres hombres, y todos armados. Si venían en grupo pues habría que hacer la vista gorda; según el sapo sería la pedrada, ¡carajo!

¡Todavía no había periódico! ¿Eso era una oficina? ¡Además, el jefe esperando la llegada del hampa, era el colmo! ¿Y si llamara a la comisaría y pidiese un pelotón? ¡Los podrían agarrar a uno por uno y fusilarlos a todos! No, no debía precipitarse, habría que ver y después decidir. Las nueve y media.

—¡Eh Liu! ¿A qué horas vienen?

—¡Pronto, inspector!



¿Había algo burlón en estas pocas palabras de Liu?

—¡El periódico! Vete a comprar uno.

El hermano You ya no se la podía pasar sin el periódico. Compraron el matutino y el hermano You buscó las noticias locales. Leyó audiblemente. ¡Cómo era el apellido de esta maldita cabaretera, no lo recordaba, no reconocía el signo! Echó un suspiro.

—¡Ya llegaron, inspector! —Liu se puso muy formal.

El hermano You no se sentía nervioso, apartó de su mente a la cabaretera del inasible apellido, y suavemente dijo:

—¡Adelante! —palpando el revólver que traía en el cinturón.

Entró un montón de gente, precedido por Yang el Grande y el Cejas Mao, otro grandulón. De relleno entre estos dos el Chango Cuatro parecía exageradamente pequeño, Ma el Sexto, Bocón Cao<sup>1</sup> y el Blanco Chang Fei entraron también.

—¡Hola, hermano You! —lo saludaron al unísono.

Al hermano You no le quedaba más que aceptar que los conocía a todos; se puso de pie, sonriendo. Todos hablaban, y el hablar de todos se convirtió en estruendo. El tumulto se prolongaba, a todos se les olvidaba lo que decían.

—Yang el Grande, tú habla solo. ¡Eh, todos escuchan a Yang! —el punto de vista de todos poco a poco se unificó, persuadiéndose los uno a los otros para "encuchar a Yang". Yang el Grande o el hermano Yang, que era lo mismo, frunció el entrecejo, se inclinó un poco con las manos apoyadas en la mesa y con la boca casi tocando la nariz del hermano You:

—Hermano You, hemos venido a felicitarte,

—¡Escucha! —Blanco Chang Fei le dio un golpe en la espalda a Chango Cuatro—. Las felicitaciones serán felicitaciones, pero tú nos debes la invitación. O tal vez te la debemos a ti, aunque últimamente hemos andado un poco

<sup>1</sup> El símbolo C se pronuncia TS en pinyin, la transliteración oficial china.

cortos de esto —con el índice y el pulgar hizo un círculo—, por lo que más bien te toca a ti.

—¡Bien dicho! —interrumpió el hermano You.

—Hermano You —siguió Yang—, no nos interesan las tarjetas de invitación ni comer en restaurantes, queremos esto —volvió a hacer el mismo gesto de índice y pulgar—. Nos pagas los boletos del tren y asunto concluido.

—¿Pagarles el tren? —preguntó el hermano You.

—¡Pagarnos el tren! —dijo Yang asintiendo pensativamente con la cabeza—. Mira, hermano You, desde que te volviste funcionario de aquí, ¿cómo podemos seguir operando? Todos somos amigos. Cuando tú llegas nosotros nos largamos, no puede haber pleito entre nosotros. Tú maneja tu puesto y nosotros nos largamos a nuestro monte. Los gastos de traslado son problema tuyo. Un buen trato y nos esfumamos, algún día nos volveremos a ver. —Yang el grande volteó a ver a los demás—: ¿No es así?

—¡Precisamente! —gritó Chango Cuatro—. Ahora vamos a escuchar al hermano You.

Esto no se le había ocurrido al hermano You. Era cosa fácil, nunca pensó que fuera tan fácil. Pero tampoco se le hubiera ocurrido que fuera a la vez tan difícil. El grupo de hoy constaba de seis, y todos querían su pasaje de tren. Pero, qué tal si después seguían sesenta, seiscientos, todos pidiendo su pasaje. Por otro lado, el comisario Li lo había designado para arrestarlos. Si uno por uno a todos los despachaba con su pasaje y buenas palabras, ¿qué manera de proceder sería ésa? ¿De dónde vendría la plata? No se la podía pedir al comisario. ¿Acaso, iba a valerse de su triste sueldo y la cuenta de gastos para deshacerse de todos ellos? Pero, por otro lado este grupo le estaba dando mucha categoría. Ni una palabra desagradable: “Tú llegaste: nosotros nos largamos.” Más claro ni el agua, y a la vez tan solidarios con él. Nada más fácil, tratándose de alguien en condiciones de pagar.

Sonriendo invitó a todos a tomar agua. No se decidía. No podía ofenderlos, hablarían amablemente: pero eran de cuidado. Si decían que se iban, sin duda lo harían, pero

no sin que él les diera el dinero. Desaparecerían los 80 de su cuenta de gastos. Y además tendría que dar la impresión de que lo hacía de buena gana, no soportarían palabras gruesas.

—¿Cuánto, amigos? —preguntó, como si tal cosa.

—A diez por cabeza —contestó el hermano Yang a nombre de todos.

—No es más que el pasaje, una vez en la sierra no tendremos problemas —agregó Chango Cuatro.

—Nos vamos esta tarde misma, cumplimos lo que ofrecemos, amigo —dijo Bocón Cao.

El hermano You no podía ser tan decidido, a diez por cabeza serían sesenta, tres cuartas partes de los gastos.

—Hermano You —Chang Fei el Pálido se impacientaba—, ¡suelta los sesenta y nos vemos! Si nos quedamos, no puedes estar tú, y si estás tú, nosotros no podemos quedarnos, ¿no está claro? Suelta el dinero y nos largamos. Si no, pues para qué hablar, aquí no hay tapujos. Entre hombres no andamos con rodeos; a buen entendedor, pocas palabras. ¡Hermano, tengo la mano extendida para que la cruces con el pasaje!

—Así es, todos tenemos la mano extendida, algún día te pagaremos. Nuestra amistad no ha sido de un día —Yang el Grande empezó y todos le siguieron. Aunque las palabras eran diferentes, la intención era la misma.

El hermano You ya no tenía más que decir, sacó la billetera de junto al revólver y contó los sesenta.

—¡Hermanos! —dijo, pero no le salía la sonrisa. Chang y los demás le hicieron coro.

—Somos hermanos —Chango Cuatro hizo un rollo de los billetes y lo metió a la cintura—. Hasta luego, hermano —todos salieron saludando a Liu y a los demás—. ¿Cuándo nos veremos en la sierra? —éstos sonriendo, los llevaron a la puerta.

El hermano You se sentía triste y defraudado. Si lo hubiera sabido antes, hubiera pedido el pelotón para detener a los seis tipos. Pero, tal vez ésta fuera la mejor manera, algún día se volverían a ver. Sesenta perdidos. Otros tantos

como éstos y ni los ciento veinte de sueldo bastarían. ¿Qué clase de inspector era? Un inspector que se dejaba manipular por el hampa, como un mudo que traga hiel, sin palabras para expresar su amargura. ¿Liu había sido bien intencionado o le estaba tomando el pelo? Tenía que preguntarle. No sólo no agarraba a los bandidos sino que los dejaba venir. ¿Qué manera de desempeñar el cargo era ésa? Pero no podía presionar a Liu demasiado, todavía podía regresar al monte y no convenía prescindir de él. A estas alturas no podía ofender a nadie. Tal vez, ya estaría lleno de plomo si al tomar el nuevo puesto hubiera traído a unos neófitos. Calculándolo bien, al fin de cuentas, sesenta por su vida era bastante barato.

El hermano You no había tenido otro remedio. No valía la pena volver sobre el pasado, lo que le preocupaba era que el día de mañana apareciera otro grupo buscando boletos. Esto no se lo podía decir a Liu y a los demás. Tenía que sonreír, dejarlos ver claramente que tratándose de amigos el hermano You no escatimaba: sesenta eran simplemente sesenta, cien nada más cien, había que ser generoso.

¿Pero... él qué comería? ¿Un inspector comiendo el viento del noreste? ¡Eso sí sería el colmo!

El hermano You volvió a tomar el periódico, pero ya no le interesaba. Nada le interesaba, había perdido sesenta por indeciso y tonto. No tenía caso valorar tan alto la vida si después tenía que despreciarse a sí mismo; además su vida no parecía ser suya si la tenía que comprar con dinero. ¡Carajo! Tenía que admirar a Chango Cuatro y los suyos el atrevimiento de venir a pedirle sus pasajes al inspector. ¿De veras no tenían miedo de caer presos en el acto? ¡Increíble! El que había perdido categoría era el hermano You, ni para qué hablar de arrestarlos, ni siquiera se había atrevido a hablarles con firmeza. ¡Vaya vergüenza! Si volviera a suceder no sería tan blando. No tenía caso ablandarse solamente para conservar el puesto de inspector. Un inspector tenía que arrestar gente, eso no tenía vuelta de hoja. En cuanto el apellido de la cabaretera, no lo recordaba para nada.

Chu había regresado, lo menos que podía hacer era entrar y rendir su informe. ¿Acaso el inspector podía salir corriendo a preguntarle? Chu y Zhao empezaron a conversar. Esperaría, a ver si no entraba. ¡Bandidos! No había manera de razonar con ellos. Chu entró.

—Hermano You. ¡Inspector! ¡Doy parte! En una guarida al norte de la ciudad hay un grupo de compa... digo, ¿quiere venir a verlos?

—¿Dónde? —el hermano You no podía volver a tener miedo, ya le habían exprimido los sesenta, al fin de cuentas qué importaba la vida, aunque fuera el mismo dios padre, iría.

—¡Al borde del lago! —Chu sabía dónde.

—¡Toma la pistola y vámonos! —el compañero You no se detuvo. ¡Limpiaría esa guarida! Ya no habría quien le sacara pasajes al inspector.

—¿Nada más vamos los dos? —Chu realmente sabía irritar.

—¡Qué manera de hablar, dime dónde es y voy solo! —rebatía el hermano You. Si no corría el riesgo, nunca sabrían de lo que era capaz el inspector. ¿Si simplemente entregaba pasajes y ni siquiera un caso llevaba a feliz término, qué diría el comisario Li? ¿Cómo justificaría sus ciento veinte al mes?

Chu no dijo nada, se sirvió una taza de té, como disponiéndose a salir. Sin más, el compañero You echó a andar y Chu lo siguió. El hermano You se tranquilizó y el valor se le subió un poco. A decir verdad, dos serían mejor que uno en caso de resistencia, y si algo sucediera podían estudiar el caso.

En la ribera del lago había un callejón de la estrechez de una fosa nasal. Ahí se encontraba una fonda. El hermano You conocía de sobra el barrio, y reconoció la posada. A primera vista se veía que era una guarida del hampa. ¡Hubiera traído más gente! Tantos años de experiencia, pensaba el hermano You, y todavía pierdes los estribos. ¿Cómo no trajiste más gente, por qué te enojaste con ellos? Pero ya que había venido, tenía que cumplir. Además tenía que

demostrarles a sus subordinados que, aunque no había vivido en el monte, le sobraba valor. Si podía pescar a uno que otro de éstos, la próxima vez que hablara le harían más caso. En cuanto a la suerte, quizás ya estaba echada, ¿quién sabía?

—¿Chu, quién cubre la puerta, tú o yo?

—Tratándose de ellos —Chu señalaba la puerta—, no hay por qué, no quieren huir.

¡Otra vez la farsa!, a hablar de la fraternidad. ¡Mierda! El hermano You echó un vistazo por la puerta, varios sujetos estaban sentados en un pequeño pasillo: el Mariposa, Narigón Seis, Monstruo Sung, el pequeño De Sheng, y otros dos que no reconocía. ¡Listo, otra vez conocidos!

—Pasa, hermano You, no nos atrevimos ni siquiera a irte a felicitar. ¡Pasa! Mira quiénes están aquí. Saluda a Perro Zhang, a Barras de Plata Xiu. El hermano You, viejo amigo y nuestro hermano —todos se saludaron y empezaron a platicar amigablemente.

—Siéntate hermano You —invitó De Sheng, especialmente cortés, su padre, el viejo De Sheng, acababa de ser ajusticiado en Hunan.

El hermano You se despreciaba a sí mismo, ¿por qué no encontraba algo que decir? Por fin, Chu dijo elegantemente:

—Hermano, el inspector ha venido personalmente, si tienen algo que decir, díganlo —sonriendo, el inspector, asintió con la cabeza.

—Entonces, podemos hablar con franqueza —dijo tranquilamente Narigón Seis—. Hermano Sung, llévate al hermano You y enséñale.

—¡Por acá, hermano You! —Monstruo Sung señaló por encima del hombre con el pulgar hacia atrás y entró en un minúsculo cuarto. El hermano You lo siguió. Obviamente no había el menor peligro. Aunque quisiera jugarse la vida, no había manera, arrestándolos o no.

El cuartucho estaba como boca de lobo, y el piso de tierra húmeda olía mal. Un catre cubierto de paja se apoyaba a un lado en la pared. Sung empujó el catre y se puso de cuclillas en el rincón, levantó dos o tres ladrillos

su cuenta de gastos de ochenta. El hermano You no tenía alternativa. Probablemente no quedarían a salvo ni los ciento veinte de su sueldo.

La comida no le supo a nada al hermano You, aunque tomó dos copas. Para qué hablar, le había fallado al comisario Li. El hermano You no era un hombre sin dignidad. Se puso a pensar: si volviera a suceder, sería mejor renunciar. Pero eso sería insoportable: ¡renunciar! Y ahora, ¿dónde encontraría un puesto que pagara ciento veinte al mes? ¿Volver a buscar al comisario Li? ¡De ninguna manera! No arrestar a los bandidos y por lo contrario reportar que ellos mismos se habían entregado, eso sí sería de risa. Después de regresar al monte con toda seguridad se reirían del hermano You. Él no era más que motivo de burla. Cuanto más lo pensaba, peor se sentía. Lo mejor sería decomisar unos cargamentos de opio. ¿Y el opio, se consideraba ilícito? Claro que sí, pero sin mérito. Viéndolo bien, no podía renunciar al puesto. Primero sería bueno decomisar algo de opio. El hermano You decidió la política a seguir. Dejaría de perseguir hampones por un rato. Después vería. El viejo Liu y los demás se las sabían todas tratándose del opio. Dentro de una semana habrían decomisado varios cargamentos. Sin embargo, el comisario Li insistía en que quería bandidos. No podía presionar más a su gente y la cuenta de gastos estaba ya sobregirada.

Un lunes, toda su gente estaba fuera en busca del opio (¡opio!), cuando entró pavoneándose un tipo grande y torvo.

—Hermano You —dijo con una sonrisa en la cara oscura.

—¿Quién? ¡Monedas Quinto! ¡Qué riñones tienes!

—¿Estando el hermano You a quién voy a temer?

—Monedas Quinto se sentó y dijo—: Dame un cigarro.

—¿A qué vienes? —el hermano You palpaba el cinturón, ¡pasajes otra vez!

—Primero a felicitarte, segundo a darte las gracias. Cuando llegaron a la sierra, todos recordaban tu bondad. ¡De veras!

“¡Oh! Conque no se burlaron de mí”, pensó el hermano You.

—Hermano —Monedas Quinto, sacó un fajo de billetes—, no digas nada, no podemos permitir que pierdas dinero. Cuando los hermanos llegaron al monte constantemente recordaban tu bondad.

—Pero... —el hermano You tenía que ser cortés.

—No digas nada hermano, tómalo. ¿Y las armas de Sung el Grande?

“¿Acaso soy cuidador de pistolas?”, no se atrevió a decir el hermano You.

—Las tiene Chu.

—Está bien, hermano, voy a recogerlas.

—¿Vienes de la sierra? —el hermano You se sintió obligado a hacer conversación.

—De ahí mismo. Para aconsejarte que ya no sigas en el puesto —dijo Monedas Quinto con convicción.

—¡Quieren que renuncie!

—Si eres o no eres de los nuestros da lo mismo. De cualquier forma, si estás tú no podemos estar nosotros, y si estamos nosotros no puedes estar tú. Nos trataste bien, te tratamos bien. No tiene caso que sigas, y no tengo más que decirte. Tengo trescientos hombres allá arriba pero vine personalmente a hablar con el amigo. Si te digo que renuncies, más vale renunciar. Al buen entendedor pocas palabras. ¡Yo me voy, hermano! Dile a Chu que lo espero en la fondita al borde del lago.

—Dime una cosa —el hermano You se levantó—, si renuncio, ¿qué dirían los muchachos?

—¿Te preocupa la burla, hermano? No habrá quien se ría de ti. Bueno, hasta la vista.

Pasaron algunos días y hubo un nuevo inspector. El hermano You a menudo paseaba su corpulencia plácidamente por la calle, y a veces echaba una mirada hacia el Monte de los Mil Budas.\*

\* Agradezco al profesor Ma Sen su paciencia y ayuda en la revisión de la traducción de este cuento.